

Etiología del maltrato infantil: estilo educativo, prácticas de crianza y contexto social

Etiology of child abuse: education style, upbringing practices and social context

Juan Manuel Moreno Manso¹

RESUMEN

El objetivo de este trabajo fue demostrar la asociación entre el maltrato infantil y variables tales como las condiciones de la vivienda y las características del barrio donde reside la familia, el nivel educativo cultural de los cuidadores y los hábitos de crianza, atención y cuidados al niño. Se llevó a cabo un análisis comparativo entre los distintos tipos de maltrato infantil (maltrato físico, abandono emocional, maltrato emocional, abandono físico y maltrato por incapacidad del cuidador para controlar la conducta del menor) para determinar en qué medida dichas variables se distribuyen. Para ello, se utilizó una muestra de 107 familias y 256 niños en situación de maltrato.

Palabras clave: Maltrato infantil; Pautas de crianza; Abandono emocional; Abandono físico; Maltrato por omisión.

ABSTRACT

The aim of this paper was to demonstrate the association between child abuse and certain variables, such as the living conditions and the characteristics of the neighborhood where the family lives, the cultural education level of the people in charge, and the upbringing habits, attention and child care. A comparative study was carried out between different kinds of child abuse (physical abuse, emotional abandon, emotional abuse, physical abandon, and abuse due to the inability to control the child's behavior of the person in charge) to determine in which extent such variables are distributed. In order to do this, a sample of 107 families and 256 abused children was used.

Key words: Child abuse; Upbringing patrons; Emotional abandon; Physical abandon; Abuse by omission.

INTRODUCCIÓN

Según diferentes estudios relativos al maltrato infantil (Belsky, 1993; Famularo, Kinscherff y Fenton, 1992; Hashima y Amato, 1994; Higgins y McCabe, 2001; Hillson y Kuiper, 1994; Milner, 1995), pueden ser diversas las circunstancias que intervengan en este fenómeno: antecedentes parentales en

¹ Departamento de Psicología y Sociología de la Educación, Universidad de Extremadura, C/ Díaz Brito, 14-2º B, 06005 Badajoz, España, tel. (924)26-13-23, correo electrónico: althea@correo.cop.es. Artículo recibido el 30 de enero y aceptado el 28 de marzo de 2004.

los padres o cuidadores, escasas habilidades interpersonales, hábitos de crianza inadecuados, expectativas poco realistas respecto del niño, toxicomanía, baja autoestima, baja tolerancia a la frustración, dificultad para controlar los impulsos, problemas de salud mental, precariedad económica, pobreza educativa y cultural, falta de apoyo social o inadecuación de la misma, entorno social deficitario (vivienda y barrio), edad de los padres, problemas de pareja, situaciones estresantes para la familia, desempleo y otros.

La mayoría de las investigaciones sobre el maltrato infantil se centran en su estudio global, sin tener en cuenta la existencia de diferentes tipos que hay de maltrato (físico y emocional, abandono físico y emocional, etc.). En la actualidad, es prioritario y deseable averiguar las correlaciones existentes entre dichas variables y las formas de maltrato a los menores. Identificar cómo se distribuyen cada una de tales variables en esas formas de maltrato permitirá diseñar programas psicoeducativos que garanticen cierto éxito clínico y social. En este estudio se pretendió establecer la influencia de determinadas variables en el maltrato infantil, tales como las condiciones de la vivienda, las características del barrio donde reside la familia, el nivel educativo cultural de los responsables² de los menores y los hábitos de crianza, atención y cuidados que estos reciben. Asimismo, se planteó llevar a cabo un análisis comparativo entre los distintos tipos de maltrato infantil (maltrato físico, abandono emocional, maltrato emocional, abandono físico y maltrato por incapacidad del responsable para controlar la conducta del menor) en las cuatro variables objeto de estudio; es decir, determinar en qué medida las condiciones de la vivienda, las características del barrio, el nivel educativo cultural y los hábitos de crianza se distribuyen en mayor medida en unas formas de maltrato que en otras. En esta línea se han llevado a cabo trabajos que demuestran la asociación entre maltrato infantil y prácticas de crianza inadecuadas (Cerezo y D'Ocon, 1995; Gaudin, Polansky, Kilpatrick y Shilton, 1996;

Gershater-Molko, Lutzker y Sherman, 2002; Kapitanoff, Lutzker y Bigelow, 2000; Kavanagh, Youngblade, Reid y Fagot, 1988; Trickett y Susman, 1988; Whipple y Webster-Stratton, 1991).

En los estudios de Parke y Collmer (1975), Wolfe (1987) y Bigelow y Lutzker (2000) se identifican como los déficits más significativos en los responsables que abusan de los menores las escasas habilidades para el cuidado del niño, el escaso conocimiento de las etapas evolutivas, las atribuciones y expectativas distorsionadas de la conducta infantil, la poca comprensión de las formas adecuadas de manifestación del afecto y el conocimiento insuficiente respecto de los métodos alternativos de disciplina.

Kropp y Haynes (1987), Camras, Ribordy, Hill y cols. (1988) y Britner y Reppucci (1997) plantean que esas personas (principalmente las madres) tienen dificultad para expresar y reconocer emociones y pueden tener expectativas inadecuadas en cuanto a las capacidades de sus hijos. Los resultados de los estudios de Oliva, Moreno, Palacios y Saldaña (1995) y Thompson y Wyatt (1999) indican que una causa importante del maltrato son las expectativas irrealistas de los padres al suponer que sus hijos poseen conductas maduras, pese a ser absolutamente inapropiadas para su edad.

Desde el modelo ecosistémico de Belsky (1993), también se estudia la historia de crianza de los responsables del niño con la finalidad de conocer si los hábitos de crianza hacia el menor se relacionan con el tipo de cuidado y atención que recibieron aquéllos. Este mismo modelo teórico incluye en la explicación del maltrato infantil variables tales como la vivienda (por ejemplo, si la familia vive hacinada), las expectativas desajustadas respecto de los niños, la ignorancia sobre las características del desarrollo del niño y sus necesidades, la falta de habilidades para hacer frente a los conflictos, la inseguridad en el barrio donde vive la familia (por ejemplo, si es un vecindario peligroso), la inestabilidad en la vivienda y las prácticas educativas y disciplinarias de los responsables. Los estudios de Herrenkohl, Herrenkohl y Egolf (1983), Ezzell, Swenson y Faldowski (1999), Pelcovitz, Kaplan, Ellenberg y cols. (2000) y Black, Heyman y Smith (2001) sobre el abandono físico

² En lo sucesivo se denominará "responsables" tanto a los padres como a quienes cuidan a los menores, a menos que explícitamente se indique otra cosa (N. del E.).

o negligencia infantil demuestran la falta de habilidades para el cuidado de los niños y un desconocimiento de sus necesidades por parte de los responsables.

Y las formas de organización de la comunidad, con una mayor concentración de población excluida, marginal, con problemas de delincuencia en determinados barrios y zonas, hacen que se origine un aumento del maltrato en ellas, incluso en las adyacentes, según las investigaciones de Garbarino y Kostelny (1992), Bursik y Grasmick (1993), Coulton, Korbin, Su y Chow (1995) y Fryer y Miyoshi (1996). Según Vasta (1982), algunos factores sociosituacionales, tales como pertenecer a una clase social desfavorecida y habitar en un entorno conflictivo, predisponen al maltrato infantil.

MÉTODO

Sujetos

La muestra objeto análisis estuvo compuesta por 107 familias y 256 menores, con edades inferiores de 18 años, en clara situación de maltrato. Durante el periodo de tiempo que abarcó el estudio, se tramitaron por parte del Instituto Municipal de Servicios Sociales de la ciudad de Badajoz (España) un total de 8,140 expedientes, de los cuales 107 mostraban menores maltratados (Tabla 1). Los menores detectados tenían indicadores muy claros y precisos de encontrarse en situación de desprotección, y su integridad física o psíquica se encontraba en serio peligro. Los criterios operativos utilizados

Tabla 1. Distribución de familias y menores según tipos de maltrato infantil.

Tipo de maltrato	Familias (N = 107)	Menores (N = 256)
Maltrato físico	12 (11.2%)	19 (7.4%)
Maltrato emocional	18 (16.8%)	40 (15.6%)
Abandono físico	57 (53.3%)	168 (65.6%)
Abandono emocional	7 (6.5%)	12 (4.6%)
Abuso sexual	3 (2.8%)	4 (1.5%)
Explotación laboral	1 (0.9%)	1 (0.4%)
Incapacidad control	9 (8.4%)	12 (4.6%)

para identificar la tipos de maltrato infantil se basaron en la clasificación elaborada por Arruabarrena, De Paul y Torres (1996) para el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Instrumentos

Los instrumentos utilizados para la recogida de la información de las situaciones de maltrato infantil fueron los siguientes: *a)* entrevistas semiestructuradas con la familia (en el domicilio familiar y con todos los miembros de la unidad familiar siempre que fue posible) y con los menores (en el Servicio Social de Base o en el Centro Escolar); *b)* observación directa de los menores en el domicilio para analizar la interacción padres-hijos, las interacciones familiares y el entorno familiar, y *c)* análisis de expedientes de los Servicios Sociales de Base y de Protección, expedientes e informes escolares, procesos judiciales, informes po-

liciales y evaluaciones de otros profesionales (médicos, especialistas en salud mental, etc.).

Se elaboraron varios instrumentos específicos. En primer lugar, se diseñó un instrumento para la detección y notificación de situaciones de maltrato infantil (hoja de notificación), en el que el notificante debe describir el motivo de la notificación, los datos de identificación relativos tanto al menor como a la persona o institución que realiza la notificación, los indicadores de los distintos tipos de maltrato infantil observados en el menor y el lugar donde se notifica la situación de desprotección.

Previamente, se llevaron a cabo reuniones con directivos de instituciones y profesionales en las que se les explicó la forma de cumplimentar dicho instrumento, a la vez que se les insitió en la necesidad de la firma de la persona o institución que llevara a cabo la notificación, tanto para dar una mayor credibilidad al documento como para

tomar posteriores medidas respecto del menor en el caso de que se precisara. Con la hoja de notificación se pretendió que el profesional que detectase una situación de desprotección infantil pudiera notificarla de una manera ágil y sencilla, y a la vez proporcionara al receptor de la demanda toda la información inicial relevante.

Asimismo, se elaboraron otra serie de instrumentos: una entrevista familiar, un análisis funcional para padres y un análisis funcional para menores, todo ello con la finalidad de recabar información sobre todos aquellos aspectos importantes para el estudio. Estos instrumentos se diseñaron para facilitar la consecución de los objetivos perseguidos en la investigación: determinar las condiciones de la vivienda donde habitaba la unidad familiar, las características del barrio donde residía, el nivel educativo cultural y los hábitos de crianza, atención y cuidados al niño. A fin de garantizar un mínimo de validez, fiabilidad y objetividad en la recogida de datos, se intentó que la información se obtuviera a través de los referidos instrumentos.

Por último, también se elaboró un documento para la codificación y registro de la información obtenida en relación a las variables investigadas (hoja de valoración). Para poder cumplimentar dicho soporte, se utilizaron a su vez otros dos documentos: uno que describía los indicadores de mal-

trato infantil y otro que definía las tres variables investigadas en una escala graduada de 1 a 6.

Procedimiento

Los análisis estadísticos efectuados fueron los siguientes: en primer lugar, se realizó el análisis de frecuencias a través de estadísticos descriptivos con la finalidad de determinar la incidencia de las variables investigadas en la situación de desprotección de los niños; en segundo lugar, se efectuó un análisis comparativo entre las distintas muestras de maltrato infantil para establecer si había diferencias en las muestras en las cuatro variables objeto de estudio. El análisis inferencial se llevó a cabo a través de la prueba de Kolmogorov-Smirnov para una y dos muestras independientes. El tratamiento informático de los datos se efectuó a través del paquete estadístico SPSS para Windows.

RESULTADOS

Análisis descriptivo

La primera de las variables analizadas fueron las condiciones de la vivienda donde habitaba la unidad familiar. La Tabla 2 refleja la distribución de dicha variable en la muestra global.

Tabla 2. Condiciones de la vivienda.

Condiciones de vivienda	Frecuencia	Porcentaje
(1) Favorables	1	0.9
(2) Adecuadas	14	13.1
(3) Básicas	25	23.4
(4) Inadecuadas	57	53.3
(5) Pésimas	8	7.5
(6) Inhabitables	2	1.9

$M = 3.589$; $Mo = 4$; $Mdn = 3.634$; $Q_1 = 2.962$; $Q_2 = 3.634$; $Q_3 = 4.362$; $Sx = 0.911$; $Sx^2 = 0.829$; $Q = 0.7$; $V = 0.467$.

En la tabla se muestran las seis categorías para codificar y registrar la información relativa a la variable 'condiciones de la vivienda'. Los valores se refieren a diferentes niveles de intensidad de la variable, ordenados desde el polo más positivo en un extremo hasta el polo más negativo en el otro.

Como puede comprobarse, los expedientes familiares se sitúan esencialmente en los valores 3 y 4, puesto que la mediana en la muestra glo-

bal es 3.6. Es decir, en la mayoría de las familias las condiciones de vivienda son básicas (3) o inadecuadas (4). El porcentaje más alto de familias se halla en el valor 4. En casi la cuarta parte de las familias las condiciones de la vivienda son básicas (3) (véase Cuadro 1).

La Tabla 3 muestra los datos en cuanto a la distribución de la variable 'condiciones de la vivienda' en los distintos tipos de maltrato infantil.

Cuadro 1. Códigos de la variable ‘condiciones de la vivienda’.

(1) La familia posee una vivienda estable, adecuada al tamaño y necesidades de la familia. El domicilio posee todos los servicios básicos y el mobiliario es apropiado en número y estado. Las condiciones de seguridad e higiene son apropiadas.
(2) Los datos señalan que no existe peligro de estabilidad de la vivienda familiar. El espacio puede ser reducido pero no existe hacinamiento. Existen los servicios básicos y el mobiliario es apropiado, aunque puede requerir pequeños arreglos o renovaciones. No hay problemas de seguridad e higiene.
(3) Los datos muestran que no existe riesgo de perder la vivienda; el espacio es reducido y no hay hacinamiento. Pueden faltar algunos servicios y equipos no relevantes ni básicos para vivir, o pueden requerir algún arreglo. La seguridad e higiene son adecuadas.
(4) Los datos indican que existe riesgo significativo de perder la vivienda. El espacio es escaso y puede llegarse al hacinamiento. Faltan servicios y equipamientos importantes, pero no básicos para vivir. Se precisan arreglos. La seguridad e higiene no son adecuadas.
(5) Los datos marcan que hay riesgo de que la familia se quede sin vivienda. Existen habitaciones multifuncionales, pudiéndose llegar al hacinamiento. Faltan servicios, equipamiento o mobiliario esencial (agua caliente, bañera, ducha, camas...). Se necesitan grandes arreglos en la casa. Las condiciones de higiene y seguridad son inadecuadas.
(6) Los datos señalan que no hay estabilidad de la vivienda. Hay hacinamiento y la vivienda se halla en estado ruinoso o inhabitable. Ausencia de servicios y equipamientos esenciales. Las condiciones son peligrosas en relación a la seguridad e higiene.

Tabla 3. Condiciones de la vivienda según el tipo de maltrato infantil.

Tipo de maltrato	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	N
Maltrato físico	1	4	5	2	-	-	12
Maltrato emocional	-	2	10	5	1	-	18
Abandono físico	-	-	4	46	5	2	57
Abandono emocional	-	-	2	3	2	-	7
Incapacidad de control	-	6	3	-	-	-	9

En las familias con menores en situación de abandono físico y abandono emocional que tuvieron una mediana y moda similar ($Mdn = 4$; $Mo = 4$), se comprobó que las condiciones de la vivienda eran inadecuadas (4) y pésimas (5) en la mayoría de ellas. En el abandono físico eran inadecuadas en una proporción importante de las familias, y en el abandono emocional ascendía casi a la mitad. En cambio, en el maltrato físico ($Mdn = 2.6$) y el maltrato por incapacidad del responsable para controlar la conducta del menor ($Mdn = 2.3$), las condiciones de la vivienda donde habitaba la familia eran básicas e incluso adecuadas. En el maltrato físico las condiciones eran básicas en casi la mitad de las familias y adecuadas en la tercera parte. En el maltrato por incapacidad del responsable

para controlar la conducta del menor, las condiciones eran adecuadas en las dos terceras partes y básicas en el resto.

Respecto del maltrato emocional ($Mdn = 3.26$), puede concluirse que las condiciones de la vivienda en estas familias eran esencialmente básicas (3), puesto que más de la mitad de las familias se situaron en ese valor. A diferencia del maltrato físico y de la incapacidad para controlar la conducta del menor, el maltrato emocional exhibió también un porcentaje considerable de familias con condiciones de vivienda inadecuadas.

La siguiente variable analizada fue el barrio donde residían las familias que formaron parte de la muestra. En la Tabla 4 puede observarse cómo se distribuyeron las familias en los distintos valores.

Tabla 4. Características del barrio.

Características del barrio	Frecuencia	Porcentaje
(2) Pequeñas deficiencias	35	32.7
(3) Deficiencias en servicios	40	37.4
(4) Deficiencias en servicios/comunicaciones	21	19.6
(5) Importantes deficiencias	4	3.7
(6) Muy deficitario	7	6.5

$M = 3.14$; $Mo = 3$; $Mdn = 2.96$; $Q_1 = 2.247$; $Q_2 = 2.96$; $Q_3 = 3.828$; $Sx = 1.12$; $Sx^2 = 1.254$; $Q = 0.79$; $V = 0.626$

A continuación pueden verse las seis categorías para codificar y registrar la información relativa a la variable 'características del barrio de residencia'. Los valores se refieren a diferentes niveles

de intensidad de la variable, ordenados desde el polo más positivo en un extremo hasta el polo más negativo en el otro.

Cuadro 2. Códigos de la variable 'características del barrio'.

(1) El barrio donde vive la familia dispone de todos los servicios y equipamientos necesarios para que los adultos y menores desarrollen todas sus actividades. El barrio es muy seguro y habitable. Los padres se muestran muy satisfechos de vivir en dicho barrio.
(2) Existen algunas deficiencias menores en el barrio. Los miembros de la familia no pueden realizar en el barrio alguna actividad en concreto, pero sí sus actividades normales. El barrio es razonablemente seguro y habitable. Los padres están satisfechos de vivir en él.
(3) Existen ciertas deficiencias objetivas en el barrio, como no disponer de algunos servicios importantes (escuela, ambulatorio...), pero cuenta con medios de comunicación adecuados. La seguridad y habitabilidad del barrio no son un problema importante. Los padres se muestran satisfechos por vivir en él.
(4) Existen ciertas deficiencias objetivas en el barrio, que no dispone de algunos servicios importantes y medios de comunicación adecuados. El barrio es relativamente seguro. Los padres no muestran especial satisfacción por vivir en dicho barrio.
(5) Existen bastantes deficiencias importantes en el barrio, como la falta de servicios y equipamientos esenciales (comercios básicos, médicos...) y no hay medios de comunicación adecuados. El barrio es inseguro y poco habitable. Los padres se muestran insatisfechos de vivir en el barrio.
(6) El barrio es muy deficitario: no existe el equipamiento básico (alumbrado, alcantarillado...) ni los servicios esenciales. El barrio está muy aislado y mal comunicado con zonas mejor dotadas. Es muy inseguro y nada habitable. Es un barrio claramente marginal que los padres desean abandonar.

Primeramente, se aprecia que el valor 3 es el más frecuente en la muestra global, es decir, que el número de familias que residen en barrios con deficiencias en servicios es superior al del resto de los valores ($M_o = 3$).

Como se observa en la Tabla 4, cabe destacar que la mediana se sitúa en la cifra 2.96, esto es, que 96 familias de la muestra se encuentran en los valores 2, 3 y 4. Las once familias restan-

tes viven en barrios con graves carencias y deficiencias. Ello implica que ninguna de las familias que componen la muestra vive en un barrio con alta disponibilidad en cuanto servicios y equipamientos necesarios.

La distribución de los distintos tipos de maltrato infantil en la variable 'características del barrio' se muestra en la Tabla 5.

Tabla 5. Características del barrio según el tipo de maltrato infantil.

Tipo de maltrato	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	N
Maltrato físico	6	4	1	-	1	12
Maltrato emocional	8	5	5	-	-	18
Abandono físico	16	23	12	3	3	57
Abandono emocional	2	4	1	-	-	7
Incapacidad de control	3	3	1	1	1	9

Mientras que en las familias con menores en situación de abandono físico y abandono emocional lo más frecuente es que residan en barrios con deficiencias en servicios ($M_o = 3$), en aquellas en que son más frecuentes el maltrato físico, el maltrato emocional y la incapacidad para controlar la conducta del menor predomina el vivir en barrios con pequeñas deficiencias ($M_o = 2$).

En las familias analizadas con abandono físico y abandono emocional es mayor el porcentaje de familias que viven en barrios con deficiencias en servicios (3) que el porcentaje de familias que viven en barrios con pequeñas deficiencias (2). En cambio, en las familias con menores en situación de maltrato físico y maltrato emocional el porcentaje es mayor en el valor 2. En cuanto al

maltrato por incapacidad para controlar la conducta del niño, el porcentaje de familias que viven en barrios con pequeñas deficiencias (2) y el de familias que viven en barrios con deficiencias en servicios (3) se distribuyen por igual.

Es importante resaltar que en todos los tipos de maltrato infantil es superior el porcentaje de familias que viven en barrios con deficiencias,

que van de moderadas a graves, que el porcentaje de familias que residen en barrios con pequeñas deficiencias (2), excepto en el maltrato físico, donde el número de familias se distribuye de manera similar.

La siguiente variable analizada fue el nivel educativo cultural de los responsables del niño (Tablas 6 y 7).

Tabla 6. Nivel educativo cultural.

Nivel educativo cultural	Frecuencia	Porcentaje
(2) Apropriado/medio	6	5.6
(3) Medio/bajo	38	35.5
(4) Bajo	33	30.8
(5) Muy bajo	21	19.6
(6) Nulo	9	8.4

$M = 3.897$; $M_o = 3$; $M_{dn} = 3.803$; $Q_1 = 3.049$; $Q_2 = 3.803$; $Q_3 = 4.731$; $S_x = 1.055$; $S_x^2 = 1.112$; $Q = 0.841$; $V = 0.644$

En el Cuadro 3 se muestran las seis categorías para codificar y registrar la información relativa a la variable 'nivel educativo cultural de los responsables'. Los valores se refieren a diferentes

niveles de intensidad de la variable, ordenados desde el polo más positivo en un extremo hasta el polo más negativo en el otro.

Cuadro 3. Códigos de la variable 'nivel educativo cultural de los responsables'.

(1) El nivel cultural y los estudios cursados por ambos progenitores (bachiller, formación profesional y/o universitaria) son buenos. Ambos consideran importante que sus hijos estudien y demuestren interés por ello. No existen particularidades culturales reseñables en la familia o, en caso de existir, no son motivo de inadaptación para sus miembros.
(2) El nivel cultural y los estudios cursados por uno o ambos progenitores son apropiados o medios. Ambos otorgan importancia a la formación de sus hijos, aunque no siempre den muestra de ello en la práctica. Puede haber alguna particularidad cultural en la familia, aunque no es fuente de inadaptación para sus miembros.
(3) El nivel cultural de ambos progenitores es medio o bajo. Han cursado estudios elementales, aunque son conscientes de la importancia de las limitaciones asociadas a dicha falta de formación. Dicen estar preocupados por que sus hijos estudien, aunque frecuentemente no lo demuestran en la práctica. Puede existir alguna particularidad cultural en la familia que suponga cierto problema de inadaptación para alguno de sus miembros.
(4) Los padres apenas han cursado estudios y su nivel cultural es bajo (saben leer y escribir), siendo poco conscientes de las limitaciones que ello les supone. Muestran poco interés por los estudios de sus hijos. Puede existir alguna particularidad cultural en la familia que implica inadaptación para alguno de sus miembros.
(5) El nivel cultural de los progenitores es muy bajo; saben leer y escribir con dificultad. Muestran muy poco interés por los estudios de sus hijos. Alguna particularidad cultural de la familia supone motivo de inadaptación.
(6) Los progenitores poseen un nivel cultural muy bajo, llegando incluso al analfabetismo. Demuestran un interés nulo por la formación de sus hijos. Alguna particularidad cultural de la familia supone un motivo notable de inadaptación.

La Tabla 6 muestra la distribución de los expedientes en los distintos valores de la variable. Se aprecia que las familias maltratantes se distribuyeron en torno a los valores 3, 4 y 5, siendo más frecuente el nivel educativo cultural medio/bajo. En 38 familias el nivel cultural de los responsables

del menor fue medio/bajo y poseían las características de ese nivel; en 33 el nivel cultural fue de 4, y en 21 familias el nivel fue muy bajo (5).

La Tabla 7 muestra la distribución de la variable nivel educativo cultural en los distintos tipos de maltrato infantil.

Tabla 7. Nivel educativo cultural según el tipo de maltrato infantil.

Tipo de maltrato	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	N
Maltrato físico	1	7	2	1	1	12
Maltrato emocional	1	8	8	-	1	18
Abandono físico	4	14	18	14	7	57
Abandono emocional	-	4	3	-	-	7
Incapacidad de control	-	4	1	4	-	9

El valor más frecuente en todas las tipologías de maltrato infantil fue el 3, excepto en el abandono físico, donde la moda es 4; es decir, que en todas las familias el nivel educativo cultural de los responsables fue medio/bajo, excepto en los de abandono físico donde el nivel educativo cultural predominante fue bajo.

En las familias con menores en situación de maltrato físico, los responsables del menor tenían un nivel cultural medio/bajo en casi las dos terceras partes de los casos. En el maltrato emocional la muestra se distribuyó por igual en los niveles 3

y 4. Algo muy similar ocurrió con el abandono emocional. En las familias con menores en situación de abandono físico el nivel cultural de los responsables se ubicó en los niveles 4, 3 y 5. Y en la muestra de familias por incapacidad del responsable para controlar la conducta del menor los niveles educativos culturales se distribuyeron por igual en los valores 3 y 5.

En la Tabla 8 es posible observar la información relativa a la variable 'hábitos de crianza, atención y cuidados al menor'.

Tabla 8. Hábitos de crianza, atención y cuidados al menor.

Hábitos de crianza	Frecuencia	Porcentaje
(4) Problemáticos	35	32.7
(5) Negativos	46	43.0
(6) Muy desadaptados	26	24.3

$M = 4.916$; $M_o = 5$; $M_{dn} = 4.889$; $Q_1 = 4.228$; $Q_2 = 4.889$; $Q_3 = 5.618$; $S_x = 0.754$; $S_x^2 = 0.568$; $Q = 0.695$; $V = 0.57$.

En el Cuadro 4 se muestran las seis categorías para codificar y registrar la información relativa a la variable hábitos de crianza, atención y cuidados al menor. Los valores se refieren a diferen-

tes niveles de intensidad de la variable, ordenados desde el polo más positivo en un extremo hasta el polo más negativo en el otro.

Cuadro 4. Códigos de la variable hábitos de crianza, atención y cuidados al menor.

- | |
|---|
| <p>(1) Las relaciones padres-hijos son positivas, de forma que dichas relaciones suponen una fuente de armonía y bienestar para los niños y/o sus padres. Existe un alto grado de conciencia de las necesidades afectivas de los hijos (sin que eso signifique que los responsables sean sobreprotectores); describen a sus hijos en términos positivos; las expectativas respecto a ellos son adecuadas a sus capacidades y edad; su comunicación es muy buena; los límites son claros y bien definidos en cuanto a los roles parentales y filiales; la disciplina se ejerce de forma compartida y es adecuada a las edades; pasan bastante tiempo con sus hijos realizando actividades juntos, lo que les proporciona a estos suficientes oportunidades de aprendizaje; la asistencia médica es correcta (al observar cualquier síntoma anormal, acuden a los servicios médicos, siguiendo adecuadamente las indicaciones); la dieta alimentaria es la correcta en cuanto a los contenidos y periodicidad en función de la edad y características, siendo óptimo su desarrollo orgánico; los niños están correctamente vestidos y aseados y han asumido hábitos higiénicos básicos.</p> |
| <p>(2) Las relaciones padres-hijos son normalmente positivas, de forma que dichas relaciones no suponen un foco de tensión y malestar para los niños y/o sus padres; son conscientes de las necesidades afectivas de los hijos, las que suelen cubrir; la percepción que tienen de sus hijos son positivas; las expectativas de los padres con respecto a sus necesidades son apropiadas y el comportamiento parental suele acomodarse a las mismas; la comunicación entre padres e hijos es buena; no existe inversión de roles; la disciplina que se ejerce es apropiada para su edad y necesidades; los padres pasan tiempo con sus hijos y/o realizan actividades con ellos, proporcionándoles oportunidades de aprendizaje; la asistencia médica es la prescrita, aunque falle en ciertas ocasiones, provocando retrasos que no alteran sustancialmente dicha atención; la alimentación, aunque correcta, ocasionalmente es alterada en cuanto a contenidos y/o periodicidad, sin que eso afecte al desarrollo orgánico de los menores; estos están adecuadamente vestidos y aseados, y aunque poseen hábitos higiénicos básicos, ocasionalmente no los ponen en práctica.</p> |

<p>(3) Existen algunos problemas o dificultades menores en algunos de los aspectos relativos a las relaciones padres-hijos, aunque tales dificultades no conllevan que dichas relaciones sean un foco especial de tensión o malestar para los niños; no implica la existencia de riesgo particular de desprotección infantil para los menores de la familia; son habitualmente conscientes de las necesidades afectivas de los menores, intentan cubrirlas y suelen dar muestras de afecto hacia ellos; la percepción que tienen de sus hijos es esencialmente positiva; las expectativas de los padres con respecto a sus necesidades son normalmente apropiadas, si bien el comportamiento parental no se acomode siempre a ellas; la comunicación entre padres e hijos es normalmente apropiada, aunque en ocasiones puede haber dificultades; no se llega a una inversión de roles padres-hijos; los padres utilizan en ocasiones una disciplina inapropiada, sin repercusiones negativas importantes; los padres deberían pasar más tiempo con sus hijos y/o realizan pocas actividades lúdicas con ellos, proporcionándoles pocas oportunidades de aprendizaje adecuadas; la atención médica se puede considerar buena, aunque sufre alteraciones ante la aparición de otras prioridades familiares; la dieta alimentaria se altera con cierta frecuencia, con el riesgo de que tal alteración se asuma como un hábito, si bien no influye negativamente en el desarrollo orgánico de los menores; la vestimenta y aseo de los menores es aceptable, y los hábitos higiénicos, aunque asumidos, no se realizan de forma habitual.</p>
<p>(4) Existen algunos aspectos significativos de las relaciones padres-hijos que son problemáticos y suponen algunas veces una fuente de tensión o malestar para los niños o sus padres; implican en ocasiones un riesgo significativo de desprotección infantil para los menores de la familia. No está claro el grado de concienciación que los progenitores tienen de las necesidades afectivas de los menores; por ende, en algunos momentos esas necesidades no son cubiertas; la percepción que tienen los padres hacia las necesidades no son del todo apropiadas y su comportamiento no se ajusta siempre a las mismas; hay déficits en la comunicación entre padres e hijos, de forma que en ocasiones no hay entendimiento entre ambos; se producen ocasionalmente confusiones entre los roles padres-hijos; los padres utilizan una disciplina inapropiada, pasan poco tiempo con sus hijos y/o no suelen realizar actividades lúdicas con ellos o brindarles oportunidades de aprendizaje; la atención médica es esporádica y no siempre los menores reciben los cuidados necesarios; en algunas ocasiones dichos cuidados son proporcionados según el criterio de los padres; aunque siguen una dieta alimenticia, no siempre es la más adecuada y se altera con mucha frecuencia, lo que influye negativamente en el desarrollo orgánico de los menores; éstos conocen los hábitos higiénicos básicos; no obstante, se cumplen en contadas ocasiones.</p>
<p>(5) Bastantes aspectos de las relaciones padres-hijos son problemáticos y suponen con frecuencia una fuente de tensión o malestar para los niños o sus padres; implican frecuentemente un riesgo notable de desprotección infantil para los menores de la familia; no tienen conciencia clara de las necesidades afectivas de los menores y, por lo tanto, no las cubren; tienen una percepción básicamente negativa de los hijos; las expectativas de los padres con respecto a los hijos son inapropiadas y su comportamiento parental no se ajusta a las mismas; hay déficits importantes en la comunicación entre padres e hijos y frecuentemente no existe entendimiento entre ambos; se producen habitualmente confusiones entre los roles padres-hijos; los padres utilizan una disciplina inapropiada y/o inconsistente con sus hijos, apenas pasan tiempo con ellos y no se preocupan por realizar actividades lúdicas o brindarles oportunidades de aprendizaje; la asistencia médica regular no es asumida como una obligación, aunque al percibir alguna alteración de salud significativa se acercan a los servicios médicos, teniendo pocas garantías de seguir las indicaciones que se les hacen, lo que supone un grave riesgo para su salud; la dieta no es equilibrada y responde a las demandas caprichosas que realizan; la periodicidad, en consecuencia, también es desordenada, lo que refuerza aprendizajes negativos; los menores están sucios y no realizan las tareas higiénicas básicas.</p>
<p>(6) Las relaciones padres-hijos son problemáticas y suponen una fuente de tensión o malestar para los niños y/o sus padres; implican habitualmente un riesgo elevado de desprotección infantil para los menores de la familia; los progenitores no tienen conciencia de las necesidades afectivas de los menores; describen a sus hijos en términos negativos; las expectativas de los padres con respecto a los hijos son inadecuadas a su capacidad y edad (el comportamiento parental no se ajusta a ellos); no existe comunicación entre padres e hijos ni entendimiento entre ambos; los roles padres-hijos están invertidos; la disciplina que utilizan es inapropiada y/o inconsciente; los padres no pasan tiempo con sus hijos, o realizan ninguna actividad con ellos ni les brindan oportunidad de aprendizaje; la asistencia médica a los menores es inexistente, incluso cuando los responsables manifiestan síntomas anormales, lo que implica un grave riesgo para la salud de aquéllos; la alimentación es totalmente inadecuada en cuanto a los contenidos y periodicidad, lo que supone un grave riesgo para el desarrollo orgánico de los menores; los niños están sucios y desconocen hábitos de higiene básicos, por lo que no pueden practicarlos.</p>

Los datos indican que todas las familias que forman la muestra se distribuyeron en los valores 4, 5 y 6; es decir, que en todas las familias los hábitos de crianza, atención y cuidados hacia el niño son problemáticos, negativos o muy desadaptados. En casi la mitad de las familias los hábitos de crianza eran negativos, lo que implica que bas-

tantes aspectos de las relaciones padres-hijos son problemáticos y suponen con frecuencia una fuente de tensión o malestar para los niños o sus padres, y asimismo un riesgo notable de desprotección infantil. En el cuadro anterior se expone con mayor detalle el significado del valor 5. En un tercio de las familias, los hábitos de crianza hacia los menores

se ubicaron en el nivel 4, y en casi una cuarta parte de aquellas familias los hábitos de crianza eran muy desadaptados (6).

En la Tabla 9 se muestra con mayor detalle la información relativa a esta variable.

Tabla 9. Hábitos de crianza, atención y cuidados del niño según el tipo de maltrato infantil.

Tipo de maltrato	(4)	(5)	(6)	N
Maltrato físico	3	7	2	12
Maltrato emocional	10	5	3	18
Abandono físico	15	25	17	57
Abandono emocional	-	5	2	7
Incapacidad de control	5	4	-	9

En primer lugar, se debe mencionar que la moda fue similar en las familias con menores en situación de maltrato físico, abandono físico y abandono emocional, y en los casos de maltrato emocional e incapacidad para controlar la conducta del menor. Mientras que en las primeras familias predominan los hábitos de crianza negativos, en las segundas destacan los hábitos problemáticos.

La distribución de la variable en los distintos tipos de maltrato infantil fue la siguiente: en las familias con menores en situación de maltrato físico, los hábitos de crianza fueron esencialmente negativos (5), y en las familias con menores en situación de maltrato emocional fueron fundamentalmente problemáticos (4). Al igual que en las familias con menores en situación de maltrato físico, en la tipología de abandono físico y abandono

emocional los hábitos de crianza también son esencialmente negativos (5). Por último, en las familias en situación de incapacidad del responsable para controlar la conducta del menor, el porcentaje fue muy similar en los valores 4 y 5.

Análisis inferencial

A continuación se describen los resultados de la aplicación de la prueba de Kolmogorov-Smirnov para una y dos muestras independientes (Tablas 10, 11 y 12). Dichos análisis se llevaron a cabo con la finalidad de determinar la incidencia de las cuatro variables en las muestras de maltrato infantil estudiadas y establecer si existían diferencias entre las distintas formas de maltrato.

Tabla 10. Prueba de Kolmogorov-Smirnov para una muestra (relativa a los distintos tipos de maltrato).

Variables	M.F. (p)	M.E. (p)	A.F. (p)	A.E. (p)	I.C. (p)
Condiciones de vivienda	0.5511	0.0618	0.0000	0.9048	0.0912
Características del barrio	0.3126	0.1216	0.0012	0.5705	0.5778
Nivel educativo cultural	0.1170	0.2254	0.0779	0.3242	0.4542
Hábitos de crianza	0.2316	0.0315	0.0079	0.1410	0.2040

A.F.: Abandono físico; M.F.: Maltrato físico; A.E.: Abandono emocional; M.E.: Maltrato emocional; I.C.: Incapacidad de control.

Tabla 11. Prueba de Kolmogorov-Smirnov para dos muestras independientes.

Variables	A.F. - M.F. (p)	A.F. - M.E. (p)	A.F. - A.E. (p)	A.F. - I.C. (p)	M.F. - M.E. (p)
Condiciones de vivienda	0.000	0.000	0.934	0.000	0.512
Características del barrio	0.727	0.857	0.992	1.000	1.000
Nivel educativo cultural	0.174	0.137	0.366	1.000	0.988
Hábitos de crianza	0.995	0.193	0.781	0.494	0.512

A.F.: Abandono físico; M.F.: Maltrato físico; A.E.: Abandono emocional; M.E.: Maltrato emocional; I.C.: Incapacidad de control.

Tabla 12. Prueba de Kolmogorov-Smirnov para dos muestras independientes.

Variables	M.E.-A.E. (p)	M.F.-I.C. (p)	M.F.-A.E. (p)	M.E.-I.C. (p)	A.E.-I.C. (p)
Condiciones de vivienda	0.457	0.905	0.141	0.049	0.036
Características del barrio	1.000	0.999	0.987	0.928	0.990
Nivel educativo cultural	1.000	0.822	1.000	0.324	0.418
Hábitos de crianza	0.089	0.723	0.945	0.996	0.176

A.F.: Abandono físico; M.F.: Maltrato físico; A.E.: Abandono emocional; M.E.: Maltrato emocional; I.C.: Incapacidad de control.

Es en la variable 'condiciones de la vivienda donde habita la familia' la única en que se observan diferencias, concretamente en el abandono físico y emocional respecto de los tipos de maltrato restantes.

En el abandono físico y el abandono emocional las condiciones de vivienda son deficitarias, existiendo un riesgo significativo de perderla. En cambio, en el resto de tipos las condiciones de la vivienda son básicas e incluso adecuadas, sin que haya riesgo de perder la misma. En el resto de las variables analizadas no hubo diferencias entre las distintas formas de maltrato infantil.

DISCUSIÓN

En cuanto a las condiciones de la vivienda donde habitaba la unidad familiar, los datos arrojados por lo presentes análisis confirman que en las familias con menores en situación de abandono físico había un riesgo significativo de perder la vivienda. Asimismo, se observó que prácticamente en todas las familias de la muestra de abandono físico era escaso el espacio de la vivienda, habiéndose llegado en numerosos casos al hacinamiento. También faltaban varios servicios y equipamientos relevantes (agua caliente, mobiliario, bañera o ducha...), la mayoría de las viviendas precisaban arreglos y la seguridad e higiene eran bastante deficitarias. Se pone de manifiesto a través de los análisis efectuados que existían diferencias entre el abandono físico y otras formas de maltrato infantil, puesto que en los tres tipos restantes las condiciones de la vivienda eran básicas e incluso adecuadas.

Los datos recabados confirman que en el maltrato físico, el maltrato emocional y el maltrato por incapacidad para controlar la conducta del menor no había riesgo de perder la vivienda; el espacio era reducido, pero no había hacinamiento, y aunque se observaron algunas pequeñas deficiencias en cuanto a servicios y equipamientos, estos no

eran relevantes ni básicos para vivir. Asimismo, la seguridad e higiene eran adecuadas.

También se observaron diferencias en el maltrato por incapacidad para controlar la conducta del menor respecto del abandono emocional y el maltrato emocional. En el abandono emocional, las condiciones de la vivienda eran inadecuadas e incluso pésimas, mientras que en cuanto a la incapacidad para controlar la conducta del menor tales condiciones eran adecuadas.

En relación con el riesgo significativo de las familias maltratadoras de perder la vivienda, autores como Coulton, Korbin, Su y Chow (1995) y Gold y Hauser (1998) comprueban que la inestabilidad residencial se relaciona significativamente con el maltrato, aunque no mencionan diferencias significativas entre los distintos tipos de maltrato infantil. En este sentido, en el presente estudio se apreció la incidencia de inestabilidad en las muestras de abandono físico y abandono emocional.

En cuanto a la variable 'características del barrio donde residen las familias', es posible decir que no se observaron diferencias entre los distintos tipos de maltrato infantil, siendo lo más frecuente que las familias vivan en barrios con deficiencias moderadas. En general, los barrios donde vivían estas familias eran relativamente seguros y habitables, aunque muchos de ellos no disponían de servicios y equipamientos importantes (por ejemplo, centro de salud, centro escolar y otros).

Respecto de estos resultados, Garbarino y Kostelny (1992) ya habían confirmado que la desorganización de la comunidad y la falta de coherencia social caracterizan a las áreas con un riesgo más alto de maltrato infantil. Coulton y cols. (1995) y Fryer y Miyoshi (1996) también hallaron una relación entre las condiciones negativas del vecindario y el maltrato infantil como consecuencia de la concentración de la pobreza en determinadas zonas.

Los datos aportados por este estudio en relación al nivel educativo cultural sugieren que los responsables con menores en situación de abandono físico apenas habían cursado estudios o estos eran muy elementales, siendo el nivel cultural de los padres del menor básicamente bajo. Tal escasez de formación les lleva a mostrar cierta indiferencia e interés respecto de la educación de los menores a su cargo.

Los resultados encontrados se asemejan a los hallados en las investigaciones de Crittenden (1988), Britner y Reppucci (1997) y Zolotor, Kotch, Dufort y cols. (1999) con familias maltratadoras. En el estudio de Crittenden (1988), casi las tres cuartas partes de las familias negligentes habían completado únicamente el octavo grado de EGB, y un número importante de ellas no sabían leer o escribir o tenían únicamente conocimientos mínimos. Los hallazgos no sugieren diferencias entre los distintos tipos de maltrato infantil, siendo los niveles educativos cultural bajo y medio/bajo los más frecuentes en los responsables en todas las muestras objeto de estudio.

En cuanto a los hábitos de crianza, atención y cuidados al menor, en las familias con menores en situación de desprotección por abandono físico hubo bastantes aspectos de las relaciones entre responsables y menores que eran problemáticas y suponían con frecuencia una fuente de tensión o malestar.

En la muestra de abandono físico, ha quedado reflejado a través de este análisis que los responsables no tenían una conciencia clara acerca de las necesidades físicas y afectivas de los menores; la percepción acerca de ellas era básicamente negativa; las expectativas respecto a los menores eran inapropiadas; la comunicación entre responsables y menores era deficitaria; se observó confusión en cuanto a los roles en la estructura familiar; los responsables apenas pasaban tiempo con los menores, siendo las interacciones mínimas e inconsistentes, y la atención a estos era prácticamente nula, al igual que la expresividad de sentimientos positivos y la expresividad verbal. Estos datos coinciden con los hallados en estudios realizados por Gaudin, Polansky, Kilpatrick y Shilton (1996), Cerezo (1997) y Offer-Schechter, Tirosch y Cohen (2000).

En comparación con otros tipos de maltrato infantil, se comprobó que no hay diferencias al respecto, puesto que en todas las muestras predo-

minaron hábitos de crianza, atención y cuidados al menor bastante problemáticos e incluso muy negativos.

En distintos estudios sobre el maltrato físico infantil (Heyman y Smith, 2001; Higgins y McCabe, 2001; Kapitanoff, Lutzker y Bigelow, 2000) los hábitos de crianza, atención y cuidados a los menores son muy similares a los del abandono físico. Los responsables apoyan menos a sus hijos y tienen menos conductas positivas, tales como enseñarlos, jugar con ellos, hablarles e incluso reforzarlos (Trickett y Susman, 1988), y más conductas negativas o aversivas (Whipple y Webster-Stratton, 1991). Asimismo, responden menos a las iniciativas de los niños, les expresan menos afecto (Black, Smith y Heyman, 2001; Kavanagh, Youngblade, Reid y Fagot, 1988) y muestran una menor consistencia en las interacciones (Cerezo y D'Ocon, 1995). Aunque no se observaron diferencias significativas en cuanto a los cuidados y atención a los menores, sí se comprobó en el estudio presente que los métodos de disciplina aplicados al menor en las formas pasivas y activas de maltrato infantil eran distintas. Mientras que en las formas activas se utiliza el castigo físico como medida de control del menor, en las formas pasivas se produce evitación, insensibilidad e incluso retraimiento en los responsables.

Este dato es similar al hallado por Larrance y Twentyman (1983), Wolfe (1985) y Crittenden (1988). En los estudios llevados a cabo por estos autores se aprecia que los padres negligentes exhiben distorsiones cognitivas similares a las de los padres que maltratan físicamente, si bien mucho menos intensas, que se centran en una percepción negativa del niño y en atribuciones internas y estables de sus comportamientos negativos. Pero mientras que el comportamiento de los padres en el maltrato físico es la irritabilidad y agresividad, en los padres negligentes se produce la evitación. Al igual que Crittenden (1988), también se halló aquí que en las familias con menores en situación de abandono físico los responsables eran más jóvenes que en el resto de los tipos de maltrato infantil.

Otro aspecto a resaltar son las expectativas inapropiadas acerca de la conducta de los menores. En concordancia con los estudios empíricos de Oliva, Moreno, Palacios y Saldaña (1995) y Thompson y Wyatt (1999), se comprobó que los responsables

tenían unas expectativas irrealistas de los menores y esperaban de ellos conductas más maduras de las que son normales para su edad. Este es un

dato que se observa en todas las muestras de maltrato infantil que conforman el estudio.

REFERENCIAS

- Arruabarrena, M.I. y De Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia. Evaluación y tratamiento*. Madrid: Pirámide.
- Arruabarrena, M.I., De Paúl, J. y Torres, B. (1996). *El maltrato infantil: detección, notificación, investigación y evaluación. Programa para la mejora del sistema de atención social a la infancia (SASI)*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Belsky, J. (1993). Etiology of child maltreatment: a developmental-ecological analysis. *Psychological Bulletin*, 114: 413-434.
- Bigelow, K.M. y Lutzker, J.R. (2000). Reported for or at risk for child abuse and neglect to identify and treat their children's illnesses. *Journal of Family Violence*, 15(4): 311-330.
- Black, D.A., Heyman, R.E. y Smith, A.M. (2001). Risk factors for child physical abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 6(2-3): 121-188.
- Black, D.A., Smith, A.M. y Heyman, R.E. (2001). Risk factors for child psychological abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 6(2-3): 189-201.
- Britner, P.A. y Reppucci, N.D. (1997). Prevention of child maltreatment: evaluation of a parent education program for teen mothers. *Journal of Child and Family Studies*, 6(2): 165-175.
- Bursik, R. y Grasmick, H. (1993). *Neighborhoods and crime*. New York: Lexington.
- Camras, L., Ribordy, S., Hill, J., Martino, S., Spaccarelli, S. y Stefani, R. (1988). Recognition and posing of emotional expressions by abused children and their mothers. *Developmental Psychology*, 24: 776-781.
- Cantón, J. y Cortés, M.A. (1997). *Malos tratos y abuso sexual infantil*. Madrid: Siglo XXI.
- Cerezo, M.A. (1997). Abusive family interaction: a review. *Aggression and Violent Behavior*, 2(3): 215-240.
- Cerezo, M.A. y D'Ocon, A. (1995). Maternal inconsistent socialization: an interactional pattern with maltreated children. *Child Abuse Review*, 4: 14-31.
- Coulton, C., Korbin, J., Su, M. y Chow, J. (1995). Community level factors and child maltreatment rates. *Child Development*, 66: 1262-1276.
- Crittenden, P. (1988). Family and dyadic patterns of functioning in maltreating families. En K. Browne, C. Davies y J. Stratton (Eds.): *Early prediction and prevention of child abuse* (pp.161-189). London: John Wiley & Sons Ltd.
- Ezzell, C.E., Swenson, C.C. y Faldowski, R.A. (1999). Child, family and case characteristics: links with service utilization in physically abused children. *Journal of Child and Family Studies*, 8(3): 271-284.
- Famularo, R., Kinscherff, R. y Fenton, T. (1992). Parental substance abuse and the nature of child maltreatment. *Child Abuse and Neglect*, 16: 475-483.
- Fryer, G.E. y Miyoshi, T.J. (1996). The role of the environment in the etiology of child maltreatment. *Aggression and Violent Behavior*, 1(4): 317-326.
- Garbarino, J. y Kostelny, K. (1992). Child maltreatment as a community problem. *Child Abuse and Neglect*, 16: 455-464.
- Gaudin, J.M., Polansky, N.A., Kilpatrick, A.C. y Shilton, P. (1996). Family functioning in neglectful families. *Child Abuse and Neglect*, 20: 363-377.
- Gershater-Molko, R.M., Lutzker, J.R. y Sherman, J.A. (2002). Intervention in child neglect: an applied behavioral perspective. *Aggression and Violent Behavior*, 7(2): 103-124.
- Gold, J.M. y Hauser, S.K. (1998). Homeless families: a treatment outcome study. *International Journal for the Advancement of Counseling*, 20(2): 87-93.
- Gracia, E. y Musitu, G. (1993). *El maltrato infantil: un análisis ecológico de los factores de riesgo*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Hashima, P. y Amato, P. (1994). Poverty, social support, and parental behavior. *Child Development*, 65: 394-403.
- Herrenkohl, R.C., Herrenkohl, E.C. y Egolf, B.P. (1983). Circumstances surrounding the occurrence of child maltreatment. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 51(3): 424-431.
- Heyman, R.E. y Smith, A.M. (2001). Risk factors for family violence: introduction to the special series. *Aggression and Violent Behavior*, 6(2-3): 115-119.
- Higgins, D.J. y McCabe, M.P. (2001). Multiple forms of child abuse and neglect: adult retrospective reports. *Aggression and Violent Behavior*, 6(6): 547-578.
- Hillson, J.M. y Kuiper, N.A. (1994). A stress and coping model of child maltreatment. *Clinical Psychology Review*, 14: 261-285.

- Kapitanoff, S.H., Lutzker, J.R. y Bigelow, K.M. (2000). Cultural issues in the relation between child disabilities and child abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 5(3): 227-244.
- Kavanagh, K.A., Youngblade, L., Reid, J.B. y Fagot, B.I. (1988). Interactions between children and abusive versus control parents. *Journal of Clinical Child Psychology*, 17: 137-142.
- Kropp, J.P. y Haynes, O.M. (1987). Abusive and non-abusive mothers' ability to identify general and specific emotion signals of infants. *Child Development*, 58: 187-190.
- Larrance, D.T. y Twentyman, C.T. (1983). Maternal attributions and child abuse. *Journal of Abnormal Psychology*, 92(4): 449-457.
- Martínez, A. y De Paúl, J. (1993). *Maltrato y abandono en la infancia*. Barcelona: Martínez Roca.
- Milner, J.S. (1995). La aplicación de la teoría del procesamiento de la información social al problema del maltrato físico a niños. *Infancia y Aprendizaje*, 71: 125-134.
- Morales, P., Vicioso, F.C., Garrón, M. y Moreno, J.M. (1999). *El maltrato infantil. Un enfoque desde los Servicios Sociales*. Badajoz: Ayuntamiento de Badajoz (IMSS).
- Moreno, J.M. (2002). *Maltrato infantil. Teoría e investigación*. Madrid: EOS.
- Offer-Shechter, S., Tirosh, E. y Cohen, A. (2000). Physical abuse – physicians knowledge and reporting attitude in Israel. *European Journal of Epidemiology*, 16(1): 53-58.
- Oliva, A., Moreno, M.C., Palacios, J. y Saldaña, D. (1995). Ideas sobre la infancia y predisposición hacia el maltrato infantil. *Infancia y Aprendizaje*, 71: 111-124.
- Parke, R.D. y Colmer, C.W. (1975). Child abuse: an interdisciplinary analysis. En E. Hetherington (Eds.): *Review of child development research* (pp. 509-590). Chicago: University of Chicago Press.
- Pelcovitz, D., Kaplan, S.J., Ellenberg, A., Labruna, V., Salzinger, S., Mandel, F. y Weiner, M. (2000). Adolescent physical abuse: age at time of abuse and adolescent perception of family functioning. *Journal of Family Violence*, 15(4): 375-389.
- Thompson, R.A. y Wyatt, J.M. (1999). Current research on child maltreatment: implications for educators. *Educational Psychology Review*, 11(3): 173-201.
- Trickett, P.K. y Susman, E.J. (1988). Parental perceptions of child-rearing practices in physically abusive and non-abusive families. *Developmental Psychology*, 24: 270-276.
- Vasta, R. (1982). Physical child abuse: a dual-component analysis. *Developmental Review*, 2: 125-149.
- Whipple, E. y Webster-Stratton, C. (1991). The role of parental stress in physically abusive families. *Child Abuse and Neglect*, 15: 279-291.
- Wolfe, D. (1985). Child abusive parents: an empirical review and analysis. *Psychological Bulletin*, 97(3): 462-482
- Wolfe, D. (1987). *Child abuse: implications for child development and psychopathology*. London: Sage Publications.
- Zolotor, A., Kotch, J., Dufort, V., Winsor, J. Catellier, D. y Bou-Saada, I. (1999). School performance in a longitudinal cohort of children at risk of maltreatment. *Maternal and Child Health Journal*, 3(1): 19-27.

